

indagara sobre testimonios alternativos por considerarlos pertinentes: los monumentos arqueológicos y las fuentes en lenguas amerindias con diferentes sistemas de escritura. De ahí la importancia que tuvo para Ramírez el estudio y dominio de la lengua náhuatl y sus pesquisas sobre los jeroglíficos. La comprensión de los documentos administrativos y jurídicos y las crónicas facturadas en lengua indígena con alfabeto latino implicaron considerables esfuerzos en el cotejo de su traducción.

En este sentido, no es fortuito que Ramírez —ministro, abogado y estudioso de las antigüedades mexicanas— fuera partícipe de la Comisión de Lenguas y Dialectos en la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. Dicha comisión, establecida en 1851, se creó con el propósito de impulsar las pesquisas sobre las lenguas amerindias del país. Se consideró que estos trabajos contribuirían a las investigaciones históricas y a la geografía nacional, al tiempo que serían fundamentales para comprender los numerosos re-

gistros agrarios y comprobar la validez de innumerables documentos sobre los límites de la propiedad que estaban facturados en las escrituras antiguas. En respuesta a esta demanda, y atendiendo a sus propios intereses, don Joaquín, ayudado por Ramírez, publicó *Apuntes para un catálogo de escritores en lenguas indígenas de América*.

García Icazbalceta tampoco estuvo libre de dificultades al examinar los estilos y variedades del español que se empleaban en sus fuentes, así como de retos al traducir del latín y las lenguas indígenas. Sus cartas con Ramírez en ocasiones tienen como tema central la consulta o polémica sobre las connotaciones jurídicas de ciertos términos, como fueron los casos de *gentil hombre e hidalgo*, o la discusión de la etimología de indigenismos, como lo fue el nombre de *Malinche*. La experiencia acumulada en el manejo y crítica de fuentes y su visión histórica fueron esenciales para que García Icazbalceta elaborara en la década de 1880 el *Diccionario de mexicanismos*.

Para finalizar quiero expresar que, desde mi punto de vista, *Libros y exilio* es un texto novedoso en su contenido y un excelente modelo para futuros estudios. Es un libro de consulta obligado para especialistas, y para todas aquellas personas interesadas en la historia de las ciencias de este país. Muestra los recursos, el clima de opinión, las instituciones, los actores y los medios que permitieron abrir nuevos surcos para la historiografía y la bibliografía mexicana. Esta investigación invita a repensar los renovados propósitos e impulsos que adquirieron distintas disciplinas en el México decimonónico. La presentación que se hace del contexto político y cultural en que se produjo una nueva historia de México y el impacto de los trabajos de Ramírez y García Icazbalceta constituye un buen ejemplo para próximas investigaciones que involucren otras áreas del conocimiento.

En mi calidad de lectora y estudiosa de las lenguas de México, agradezco que autores como Emma Rivas y Edgar Gutiérrez nos compartan tan invaluable tesoro.

La corrupción y la justicia

Eduardo Flores

Paul J. Vanderwood, *Juan Soldado. Violador, asesino, mártir y santo*, México, El Colegio de la Frontera Norte/El Colegio de San Luis/El Colegio de Michoacán, 2008.

Hace cuatro décadas, el profesor de la Universidad de San Diego dio a conocer uno de los libros más impresionantes del preludio de la Re-

volución mexicana. Nos referimos a la historia de *Los rurales mexicanos*, la policía montada que fue parte fundamental del sistema de seguridad y represión de la dictadu-

ra porfiriana. Fueron creados para combatir al bandolerismo endémico que padecía el país desde finales de la guerra de Independencia. Como dice el autor “los rurales eran respetados prácticamente por todos los mexicanos, a veces por miedo, y por supuesto no porque se les apreciara o se deseara su presencia”. Las conclusiones de los desalmados rurales llevaron a Vanderwood a estudiar el anverso de la moneda, es decir la delincuencia; de este modo apareció el libro *Desorden, progreso, bandidos: policías y desarrollo en México*. Desde sus primeras páginas se constata que entre la policía y los delincuentes existía una línea muy delgada y se entrecruzaba con frecuencia, se confundían o se mimetizaban. Con un buen tino, Vanderwood afirma que los rurales procedían de bandoleros-guerrilleros-patriotas-rebeldes, otros eran campesinos y artesanos desplazados, pero una vez que los bandidos eran aceptados en el cuerpo de rurales “seguían siendo tan bandidos como antes”.

La corrupción política en México es un tema inagotable en un solo texto, y quizá por esa razón Vanderwood se ve involucrado en escribir un libro como el de *Juan Soldado*, en el que nos vuelve a sorprender. Recordando su oficio de reportero, narra una historia atractiva: un hecho de sangre que con el tiempo se transformó en un importante culto de la religiosidad popular. El libro está dividido en tres partes, que en apariencia podrían haber sido publicadas y leídas de manera separada, pero conforme avanza, el lector encuentra la manera de vincular los apartados. La primera parte está dedicada a un hecho muy desafortunado, donde se cuenta

la violación y asesinato de una menor en la ciudad de Tijuana en 1938. La segunda parte aborda el contexto histórico geográfico donde se lleva a cabo tan aterrador acontecimiento, y en la tercera parte se ofrecen las explicaciones ideológicas y los actos que motivaron el origen del culto a este violador y asesino.

Olga, de tan sólo ocho años, había desaparecido inexplicablemente, después de que su madre, Felisa, la había mandado hacer unas compras. Durante 17 horas de incansable búsqueda, en un pueblo relativamente pequeño como era Tijuana en aquellos años, una vecina encontró el cuerpo sin vida en un “garaje”. Las autoridades supusieron que le habían cortado la garganta con un trozo de vidrio o un cuchillo de caza sin filo, su garganta había sido seccionada más de 12 centímetros, casi la decapitan. Tenía una cuerda alrededor del cuello cercenado, el vestido roto y ensangrentado le cubría el rostro, la encontraron sin ropa interior. El cadáver presentaba señales de una lucha intensa que había dejado rasguños profundos y heridas en los brazos. Se le apreciaba un coágulo de sangre en la cabeza, producto de un brutal golpe.

Este es el hecho que da origen a la investigación de Vanderwood, quien hace una reconstrucción histórica en forma por demás detallada y sin dejar de averiguar cada uno de los hilos de esta ininteligible madeja. Utiliza todas las fuentes históricas disponibles, lo mismo consulta los expedientes legales, se nutre a través de la prensa escrita a ambos lados de la frontera, y acude a entrevistar a los sobrevivientes de la sobrecogedora tragedia.

Las averiguaciones que realizaron las autoridades sobre este caso pronto dieron resultados y encontraron como sospechoso a Juan Castillo Morales, soldado raso de la guarnición de Tijuana. Originario de Oaxaca, contaba con 24 años y era de “piel clara, compleción mediana, cabello oscuro y ondulado y una sombra de bigote”. Vanderwood no cayó en la tentación de lo que Carlo Ginzburg llamó “historiador fiscal”, es decir, el que se encarga de hacer el acopio de pruebas, de fundamentar los cargos e imputar la autoría de los hechos. Pero sí señala una serie de errores, omisiones y sospechas a lo largo del proceso legal que se le siguió al presunto culpable. No toma partido y mucho menos culpa o absuelve a *Juan Soldado*, pero siembra una enorme duda. Por otra parte, el autor se enfrenta con un hecho por demás sorprendente, a *Juan Soldado* se le rinde un culto más o menos extendido, sus seguidores alivian sus penas y lo consideran “muy milagroso”. El santo popular que les ayuda, sin importar su condición social, a sanar de sus enfermedades.

Dadas las circunstancias de que el sospechoso era un militar, y ante el temor de que se le dejara libre, los tijuanaenses pedían hacer justicia por su propia mano e incluso llegaron amotinarse. En pleno cardenismo, queriendo olvidar los días de la pena de muerte y tratando de imponer el imperio de la ley, las autoridades locales se enfrentaron a una multitud enardecida que cada día presionaba más con el fin de que se castigara al culpable. El presidente buscaba por todos los medios posibles conservar la paz social, olvidarse de una época de despotismo y

borrar la frase porfirista de “mátenlos en caliente”. Sin embargo, las autoridades dejaron de lado a las instituciones de justicia y la corte marcial, de manera expedita, decidió aplicar la “ley fuga” al sospechoso. Una orden que quedará como una mancha de sangre en el cardenismo, la ejecución de *Juan Soldado* al margen de la ley y fuera de los procedimientos judiciales. Una resolución que conjugaba la venganza y el escarmiento popular, como en los días de la inquisición.

La segunda parte se encuentra también en una línea historiográfica de gran actualidad, nos referimos a la historia del turismo. Tijuana es quizá la primera ciudad de nuestro país cuya actividad principal estuvo dirigida al entretenimiento. Su desarrollo dependía de las actividades del otro lado de la frontera o mejor dicho de las prohibiciones. En cierto momento llegó a decirse que en “Tijuana hay más cantinas que edificios”. Si bien es cierto que Vanderwood hace un largo recorrido por la historia de Tijuana, le dedica una mayor atención a los años donde se construyeron los palacios de la alegría: hoteles, restaurantes, casinos y un impresionante hipódromo. La ruleta, los dados y los caballos impulsaron un desarrollo impresionante; la creación de empleos movilizó a una población de muy distantes lugares; los sindicatos de los trabajadores de servicio tendrán un lugar muy importante en las decisiones políticas y los ingresos del gobierno les permitieron hacer considerables inversiones en la construcción de escuelas, plazas y edificios municipales.

Mientras la calle Revolución se transformaba, los empresarios esta-

dounidenses se daban a la tarea de construir Agua Caliente, el más grande centro de diversión: el hipódromo rivalizaba con los mejores del mundo, los campos de golf se mantenían en excelentes condiciones, a pesar de padecer de manera crónica por la carencia de agua; un lugar con los *spa* de mayor lujo y los alimentos producto de una muy alta cocina. La propaganda dirigida a los estadounidenses aseguraba: “venga a descansar o a jugar, para relajarse en los patios llenos de flores o para gozar de la excitación del casino, el cambio de paso lo dejara renovado en mente y cuerpo”.

Qué mejor atractivo a unos kilómetros del glamoroso Hollywood, quien aportaría a la clientela más exclusiva, con mayores recursos, y a la vez era un poderoso imán para atraer a una clientela muy distinguida. En Agua Caliente las historias sobran, como la de Rita Cansino, una linda adolescente que era parte del coro de baile de una revista musical. Su belleza sobresalía al grado que pronto encontró a su protector, que la rebautizó como Rita Hayworth y quien alcanzó un enorme éxito en la cinematografía. El éxito, y sobre todo las enormes ganancias, daban para que los empresarios hicieran rendir sus inversiones. Los funcionarios, por su parte, sabían muy bien aprovechar las oportunidades para hacer fabulosas fortunas, ya fuera por medio de la corrupción o a través de negocios muy redituables. Con la entrada de Lázaro Cárdenas se dio un cambio en la política nacional y se apaciguó un poco la fiesta; el general pensaba “que los casinos eran una atracción desagradable y un ejemplo

repulsivo para los mexicanos de la clase trabajadora”. Pero a pesar de su conservadurismo, de nueva cuenta fracasó en Tijuana, le fue imposible frenar la vida libertina.

En la tercera parte Vanderwood explora el mundo de la religión popular, la manera en que las creencias se van construyendo, echando raíces, propagando y sobre todo resistiendo los embates de las cúpulas de poder. El autor hace un preciso recorrido por la geografía de la zona y encuentra que este tipo de devociones son más comunes de lo que uno pudiera pensar. Parte del caso de Jesús Malverde, un bandolero cuya popularidad en los últimos años ha rebasado con creces la ciudad de Culiacán, y sobre todo en estos días su trabajo se ha intensificado, por ser “el santo” preferido de los narcotraficantes. Pero también se encuentra *El Tiradito*, un pecador de Tucson, quien fuera un joven amante cortado en pedazos por el marido ofendido y sus miembros abandonados en la calle. El Niño Fidencio, un sanador de los alrededores de Monterrey, quien al despuntar el siglo XX alcanzó un extraordinario prestigio por su efectividad, inclusive se sabe que el presidente Plutarco Elías Calles lo consultó para sanar de sus males. El autor localizó, sólo en México, “más de quinientos santuarios en su honor”. Pedro Jaramillo, del sur de Texas, también es considerado un hacedor de milagros por su capacidad para sanar, pero él decía que no curaba, que tan solo era un intermediario de la voluntad de Dios. Otra santa es Charlene, del suroeste de Luisiana, una niña de tan sólo 12 años que murió a causa de leucemia. En el lugar donde se

depositó su cuerpo había un cristal con la imagen de Cristo que goteaba sangre por las heridas de la corona de espinas, de esta forma la tumba se convirtió en un santuario de peregrinación.

Asimismo, y de manera inexplicable, después de que le aplicaron la ley fuga a *Juan Soldado* —a quien sus compañeros del pelotón de fusilamiento hicieron correr en-

tre las tumbas del cementerio de Tijuana—, del lugar en que fue depositado su cuerpo manó sangre. Por esta razón, desde el inicio de su muerte se le ha rendido culto y su devoción se ha fortalecido en el tiempo. A lo largo de este libro, Vanderwood y los lectores nos seguiremos preguntando si Juan era culpable o inocente, la respuesta la ha dado el tiempo: los que han

mantenido su fe en él y lo miran como santo, que les ayuda a resolver sus problemas, y quienes pensamos que el sistema de justicia en nuestro país, a pesar de la Revolución, la posrevolución y tantos años, continúa siendo una institución corrupta y con enormes anomalías, y a la sociedad le resulta insuficiente rezarle a su santo preferido.

Historias visuales de vida: Isidro Fabela

Rebeca Monroy

Alberto del Castillo Troncoso, *Isidro Fabela. Una mirada en torno a la Revolución mexicana*, México, Biblioteca Mexiquense del Bicentenario/Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal/Instituto Mexiquense de Cultura/Centro Cultural Isidro Fabela/Tonaltepec Global, 2010, 235 pp.

El libro más reciente de Alberto del Castillo es un trabajo de investigación consistente en sus formas y estilo, en su presentación y organización. Es innegable que estamos ante uno de los más importantes trabajos realizados en torno a esta figura de la Revolución mexicana,

tan poco abordada por la historia patria, tan olvidada de la historia oficial, y que ahora es recuperada en una dimensión más real y humana. Isidro Fabela se reconfigura como uno de los personajes sustanciales del arranque de la Revolución, consolidado en el maderismo, fortalecido por el antihuertismo y acogido en el seno del constitucionalismo.

Conocemos los trabajos de Alberto del Castillo en torno a la niñez, al México estudiantil del 68, sabemos de su capacidad de trabajo, su invocación al rigor histórico y su devenir como personaje estudioso e investigador dedicado de la historia gráfica, la historia visual y enmarcado por los estudios de la historia cultural. Ahora Del Castillo muestra en este trabajo el rigor

y la metodología aplicada alrededor de un personaje, además de la colección de imágenes, textos y el acervo que copiló, resguardó y heredó a los estudiosos de la historia patria. Era todo un reto al que se enfrentó el investigador, pues el coleccionista de imágenes, libros y documentos, hizo de su experiencia y su mirada una historia narrada desde su perspectiva histórica, que heredaba —según sus propias palabras— como un legado no sólo para los mexicanos, sino para la humanidad. Recojo aquí las palabras de Fabela con las que abre capítulo el autor del libro: “Yo no escribo para mis lectores del presente, sino antes bien, para los de mañana [...]” Bien entendido, esos somos nosotros justamente.